

La iberización en el País Valenciano

Por D. FLETCHER, E. PLA, M. GIL-MASCARELL y C. ARANEGUI

El País Valenciano engloba todo el territorio de las actuales tres provincias de Castellón, Valencia y Alicante, excepto, apurando mucho la cosa, la zona sur del Baix Segura. Poco más o menos correspondería a las áreas ocupadas por los Ilercavones, Edetanos y Contestanos. En esta ponencia nos ocuparemos de la iberización de estos territorios, con la excepción del de los Contestanos, ya que a éste dedica su estudio E. Llobregat.

El tema objeto de este simposio, y en particular el que afrontamos en nuestra ponencia, ha venido siendo preocupación vieja y continuada de los signantes de la misma. Hace muchos años en el despacho del S.I.P., y en conversaciones personales, se ha venido hablando y discutiendo del tema por los ponentes y por gente más joven que aportaba materiales o ideas nuevas; se discutían las publicaciones más recientes, los trabajos y artículos que llegaban a la Biblioteca y que podían tener alguna relación con el objeto que ahora nos tiene aquí reunidos; los nuevos hallazgos, consecuencia de la casualidad o de unas excavaciones, eran estudiados más o menos colectivamente e iban aumentando la serie de conocimientos y —¿por qué no decirlo?— de dudas. Los resultados de todo ello los exponemos

ahora, de forma breve y esquemática, y quisiéramos que, con las demás aportaciones que en esta reunión se realicen, contribuyeran a lograr un panorama general del origen de la cultura ibérica.

La investigación de esta cultura en tierras valencianas se inicia, como en el resto del mundo, tardíamente. En realidad hasta los trabajos de Pierre Paris a fines del siglo pasado y primeros años del actual —en 1903 publica el primer volumen de su *Essai*— no se trata científicamente de los iberos y de la cultura material ibérica, y a ello colaboró primordialmente el hallazgo de la «Dama de Elche» en 1897. Es curioso a este respecto señalar que Aureliano Ibarra, en 1879, en que publica un grueso trabajo sobre Ilici, habla de los iberos pero no menciona ni un solo objeto material que atribuya a ellos como tales. Sólo en el campo de la epigrafía y numismática se habla a veces de alfabeto ibérico, aunque era más corriente considerarlo celtibérico: así ocurrió con el hallazgo del plomo escrito del Pujol de Castellón en 1851 y de los demás epígrafes recogidos, ya como ibéricos, por Hübner en 1893. En este primer momento se inician las investigaciones de campo en nuestro país con las excavaciones, entonces llevadas lo más científicamente

camente posible, de Covalta en 1912 y de Rotxina en 1913. Esta primera etapa queda recogida en el libro de Francisco Almarche, recopilación de casi todos los conocimientos que sobre cultura material ibérica se tenían en 1918.¹

Una segunda etapa se inicia con los estudios de P. Bosch Gimpera, cuyo momento más importante quizás esté en el descubrimiento de los vasos pintados de Oliva, y en los trabajos, prospecciones y excavaciones de varios aficionados en las tres provincias valencianas: Esteve Gálvez y Senent en Castellón, numerosos eruditos en Valencia y Figueras Pacheco y Lafuente Vidal en Alicante. Los avances logrados en esta segunda etapa quedaron expuestos en la Sección «España Primitiva» del Museo del Palacio Nacional de la Exposición Internacional de Barcelona de 1929, donde figuraron ya los resultados de las excavaciones en La Serreta de Alcoy, en la Covalta de Albaida y de la primera campaña de La Bastida de Mogente.²

La tercera etapa la consideramos como iniciada en octubre de 1927 con la fundación del Servicio de Investigación Prehistórica de la Excma. Diputación de Valencia por el Sr. Ballester, en el que pronto colaboró el Dr. Pericot, que aportó, además de sus propias investigaciones, un grupo de estudiantes que ayudaron y dieron impulso a los trabajos de campo, en primer lugar, y de investigación, después. En esta etapa son fundamentales las excavaciones en La Bastida de les Alcuses de Mogente y en el Cerro de San Miguel de Liria. Coincide también el hallazgo, y más o menos científica investi-

gación, de yacimientos como el del Molar de San Fulgencio, La Albufereta de Alicante y El Tossal de Manises. Igualmente se inician los trabajos, realizados ya con criterios modernos, de La Alcudia de Elche por Ramos Folqués.

Una última etapa, con episodios muy diversos, avances y retrocesos, se inicia con nuestra postguerra y podemos hacerla llegar hasta nuestros días. En ella hay que considerar estos rasgos:

a) La pobreza material del período seguida de la incomunicación con los países europeos, enzarzados en su propia contienda.

b) La continuidad, nunca interrumpida, de las investigaciones sobre el mundo ibérico por parte del Servicio de Investigación Prehistórica. Sobresalen las publicaciones de necrópolis y poblados en la Serie de Trabajos Varios, algunos estudios sobre aspectos particulares editados en diversas revistas y el tomo correspondiente del *Corpus Vasorum Hispanorum* dedicado a las cerámicas del Cerro de San Miguel de Liria,³ así como la síntesis de los «Problemas de la cultura ibérica».⁴

c) Los volúmenes editados por Antonio Beltrán Martínez dedicados a recoger las comunicaciones de los Congresos Arqueológicos del Sudeste Español, donde, en una época de penuria editorial, fueron publicándose un buen número de trabajos, muchos de ellos sobre el iberismo de nuestras tierras. Destacable es esta labor en un tiempo en que importantes personalidades de la prehistoria española negaban la existencia de la cultura ibérica y hasta del pueblo ibero.

1. F. ALMARCHE, *La antigua civilización ibérica en el Reino de Valencia*, Valencia, 1918.

2. P. BOSCH-GIMPERA, *El arte en España. Guía de la sección España primitiva*, Barcelona, 1929.

3. I. BALLESTER y otros, *Las cerámicas del Cerro de San Miguel de Liria*, en C.V.H., II, Madrid, 1954.

4. D. FLETCHER VALLS, *Serie de Trabajos Varios del SIP*, 22, Valencia, 1960.

d) La revitalización del Laboratorio de Arqueología de la Universidad con la llegada a la Cátedra de Valencia del doctor Miquel Tarradell Mateu. Un numeroso grupo de sus alumnos — el Dr. Llobregat, la Dra. Gil-Mascarell, la Dra. Aranegui — dedicaron sus esfuerzos a estudios sobre el mundo ibérico.

e) El descubrimiento, excavación y publicación del yacimiento de Vinarragell (Burriana) por N. Mesado, en colaboración con el S. I. P., y de Los Saladares de Orihuela por O. Arteaga.

f) La adscripción del Dr. Llobregat al Museo Arqueológico de Alicante, de la que se derivan la publicación de la «Contestania Ibérica» y una serie de recientes excavaciones, la de Crevillente entre ellas, cuyos resultados están a punto de ser dados a conocer.

g) La reciente creación en Castellón del Servicio de Prehistoria de la Diputación, que esperamos que, en colaboración con otros grupos de la provincia, contribuya a lograr un mejor conocimiento de los muchos problemas allí planteados.

Atendiendo al enunciado del tema, parece ineludible especificar ciertos conceptos no por complejos menos importantes y dejar bien claro que *entendemos por iberización un proceso conducente a la Cultura Ibérica y explicativo en cierta medida de ésta*. Con ello queremos decir que, siendo todo el proceso evolutivo interesante, serán aquellos rasgos que lleguen a configurarse en la cultura ibérica los que deberán ser objeto de estudio, puesto que se intenta ver el proceso en función de un resultado final, cuya identificación a nivel de cultura, con todo lo que ello significa, habrá que tener muy clara para saber cuándo terminan las fases previas y cuándo nos hallamos ante

una cultura ibérica plenamente formada.

Metodológicamente es conveniente:

a) deslindar las diferentes etapas de este proceso, b) reconocer sus componentes básicos y c) precisar su vigencia temporal y espacial a la luz de los hallazgos recientes y en la medida en que éstos matizan el actual estado de la cuestión.

Globalmente estos tres puntos nos sitúan ante un fenómeno de iberización «zonificado», de tal modo que, si bien es cierto que la civilización ibérica posee una serie de rasgos que son comunes a todo el territorio por el que se extiende, no debe olvidarse que, dentro de su amplia área, los matices y diferencias entre las regiones constituyen un hecho palpable que la arqueología y los textos escritos denotan. Estas diferencias son consecuencia, en primer lugar, de la diversidad del sustrato anterior, preibérico, que, aunque no es determinante, condiciona y moldea; y, en segundo lugar, de los contactos más o menos directos e intensos con los pueblos colonizadores. Todo ello dará lugar a que, con frecuencia, no resulte aplicable a una zona concreta, lo que, a un nivel primario, podría enunciarse como normal.

En esta perspectiva, y en nuestro caso, las etapas a tratar son las siguientes:

1.^a Un sustrato o punto de partida compuesto por una fase evolucionada o tardía del Bronce Valenciano con unas características especiales que no son del caso exponer aquí y, a la vez, con una serie de problemas de difícil solución. En primer lugar hemos de advertir que continuamos diferenciando la etapa Eneolítica de la Edad del Bronce. Por lo tanto la periodización que alguna tendencia ha trazado del Bronce no corresponde a la que nosotros seguimos. El Bronce I sigue siendo en el País Valenciano Eneolítico o Calcolítico.

Respecto al Bronce pleno, sabemos que empieza en los comienzos del segundo milenio, tras una fase eneolítica avanzada con vaso campaniforme. El desarrollo y final de esta Edad está en estudio y presenta grandes dificultades al no haberse podido investigar ningún poblado con buena estratigrafía, y porque las cuevas con restos del Bronce Valenciano son de una gran pobreza hasta ahora. Los poblados conocidos son pequeños caseríos, muy destruidos y erosionados, en los que, de momento, no se encuentra estratigrafía. De todas formas, y dada la extraordinaria cantidad de tales pobladillos, parece poderse atisbar, a través de un método tipológico, una sucesión que esperamos que pronto dé resultados. Sobre esta base van a incidir, de manera desigual, según las diferentes áreas, hasta el punto de que en algunos lugares no se encuentran rasgos de tal incidencia, elementos clasificables como del Hierro I, compuestos por cerámicas incisas, espatuladas, con cordones resaltados con digitaciones, pintadas, acanaladas, etc., hechas a mano.

A veces estas cerámicas se superponen, en proporción difícil de determinar, a los poblados del Bronce, pero, en ocasiones, forman un nivel de población nuevo, por lo que cabe deducir que este aporte lleva consigo una evolución del poblamiento. Sin embargo, dados los elementos con los que hoy contamos, podríamos deducir en principio, y como mera hipótesis de trabajo, que el Hierro I llega a estas tierras por contacto, por lo que se refleja de manera desigual: desde niveles determinados por las cerámicas típicas de esta cultura, hasta la casi total ausencia de esos elementos, lo que podría obedecer a la exis-

tencia en el área valenciana de una potente cultura del Bronce final que, en ocasiones, quizás en lugares de economía más débil, acepta alguna de las características del Hierro I, mientras que en otros casos vive en un complejo socio-económico todavía de la Edad del Bronce y sólo ligeramente matizado por la nueva cultura. Además, tengamos en cuenta que los poblados de la Edad del Bronce que nos podrían dar mejores datos sobre la evolución estarían situados en grandes cerros y fueron destruidos y mezclados sus restos al construir sobre ellos los poblados ibéricos y que, en otras ocasiones, esos elementos del Hierro I se instalan ya en un momento avanzado, en función de recibir los contactos Mediterráneos propios de la etapa subsiguiente. Esperamos que en las investigaciones próximas que se van a iniciar en la Llometa del Tío Figuetes de Benaguacil, las que se están llevando a cabo en Los Villares de Caudete y la revisión de materiales de otros lugares bajo la nueva perspectiva nos den resultados seguros sobre este problema.

A esta presencia de elementos cronológicos del Hierro I corresponden algunos enterramientos de incineración en urnas como luego indicaremos.

En tierras de los ilercavones es donde, de momento, se refleja una mayor extensión de este fenómeno, visible en lugares bien estudiados como Vinarragell,⁵ pero que ya la antigua investigación hacía prever. Tal es el caso de los poblados del Tossal del Castellet y La Balaguera. En el primero, descubierto por Esteve en 1924,⁶ se hallaron, además de materiales pertenecientes al Eneolítico y Bronce, cerámicas del Hierro I: excisas, decoradas con

5. N. MESADO, *Serie de Trabajos Varios del SIP*, 46, Valencia, 1974.

6. F. ESTEVE GÁLVEZ, *Un poblado de la Primera Edad del Hierro en la Plana de Castellón*, en *Ampurias*, VI, Barcelona, 1944, p. 141.

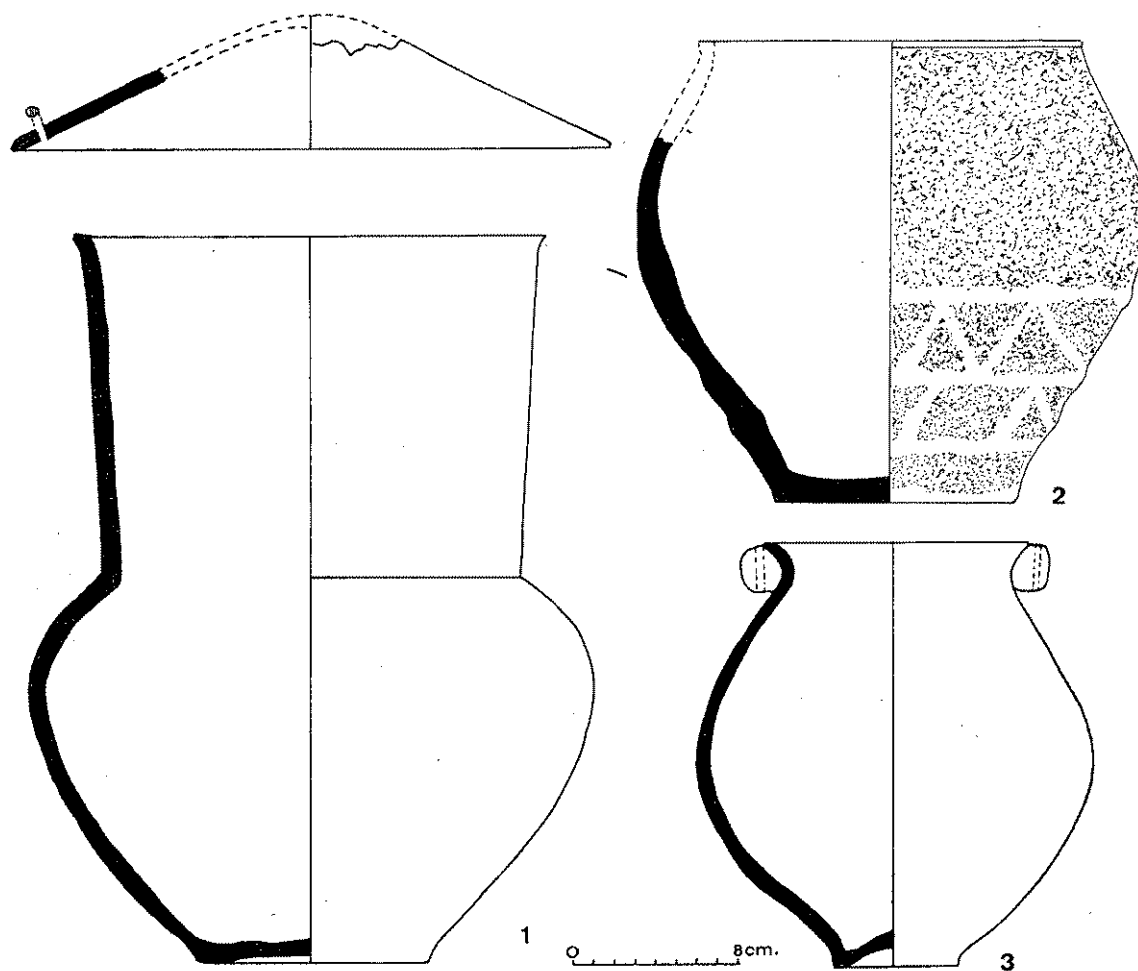


Fig. 1. — 1 y 2, urnas del Boverot (Almassora); 3, urna encontrada en la ladera sudoeste de San Miguel de Liria (Museo de Prehistoria de Valencia).

técnica de boquique y cerámicas que el autor denomina hallstätticas con decoración de surcos acanalados y finas incisiones a las que les da una cronología del 800 al 600 a. de J. C. siguiendo a Bosch.

En cuanto al poblado de La Balaguera (Puebla Tornesa), excavado y publicado por Jordá,⁷ dio, por debajo del nivel ibérico, restos de muros y cerámicas que fueron relacionadas con las hallstätticas y

que, por lo tanto, corresponderían a un momento preibérico, según el citado autor, que llega a afirmar: «provisionalmente aceptaremos, pues, que el poblado empezó su vida con gentes del último Bronce que entran en contacto con gentes célticas que les proporcionan las primeras cerámicas hallstätticas.»⁸

Otro ejemplo del mismo momento podrían ser las cerámicas inéditas que, pro-

7. F. JORDÁ CERDÁ, *El poblado ibérico de La Balaguera. Resultado de la primera campaña de excavaciones, 1950*, en *B.S.C.C.*, XXVIII, núm. 11, Castellón, 1952, p. 267, y *Los restos ibéricos de La Balaguera*, en *A. E. Arq.*, XXVIII, Madrid, 1955, p. 107.

8. Ob. cit., nota 7 (1952), p. 296.

venientes del poblado ibérico del Torrelló (Almassora), fueron recogidas por Doñate y que se exponen en las vitrinas del Museo de Villarreal.

Por lo que respecta a las necrópolis, y sin intención de ser exhaustivos, podríamos clasificar como pertenecientes a este período los enterramientos de Els Espleters de Salsadella,⁹ situados en la falda de un cerro, en cuya cima existen restos de un poblado ibérico. En el interior de unas cistas construidas con paredes de piedra sin trabar aparecieron, además de huesos quemados, un vaso tapado con una piedra conteniendo restos de incineración, así como un collar de bronce con adornos incisos y un broche de cinturón; fuera del vaso, una lanza y tres cuchillos afalcatados. Cerca del enterramiento aparecieron también cuatro vasos alineados rotos y realizados a mano como en el caso anterior.

Contamos también con las urnas de El Boverot¹⁰ (fig. 1, n.º 1 y 2), descubiertas en 1932 y estudiadas por Bosch, que las considera más antiguas que las de Salsadella, y la urna de Cabanes,¹¹ situada debajo de un posible túmulo con un brazalet de bronce. Todos estos hallazgos son, según Bosch, infiltraciones del Bajo Aragón a través de los puertos del Maestrazgo.

En el momento actual, los hallazgos pertenecientes a esta fase han aumentado de forma considerable. Algunos de ellos se han publicado¹² y otros se encuentran

en curso de estudio por sus descubridores, por lo que habrá que esperar a que éstos vayan dando sus conclusiones. Sin embargo, y a título de ejemplo, podríamos citar la Torre de Foyos de Lucena del Cid,¹³ en curso de excavaciones y de estudio por uno de nosotros, en donde, por debajo de un nivel ibérico al parecer antiguo, se encuentran cerámicas que podríamos clasificar como del Bronce final junto con otras decoradas a base de incisiones pertenecientes sin duda al Hierro I.

Sin embargo no estamos todavía en condiciones de afirmar que estos elementos sustituyan de modo generalizado a la cultura previa de la Edad del Bronce ni que se proceda a un total abandono de las cuevas cuya utilización secundaria persiste, como puede verse, por ejemplo, en la Cova de les Bruixes (Rossell) con materiales que se escalonan desde el Eneolítico hasta el Hierro I y que está situada junto al poblado del Polseguer, con materiales de esta última etapa y restos ya del momento posterior clasificables como de origen fenicio.¹⁴

Muchos de los elementos de esta fase parecen llegar desde los yacimientos del Hierro I del Valle del Ebro, siendo asimismo posible una penetración de influencias desde Cataluña.

En las tierras de los Edetanos la presencia de factores del Hierro I es menos explícita, ya que se encuentran aisladamente, al menos a partir de los datos que actualmente poseemos, sin que se conoz-

9. J. COLOMINAS, *Els enterraments dels Espleters a Salsadella*, en *A.I.E.C.*, VI, Barcelona, 1923, p. 616.

10. P. BOSCH GIMPERA, *Las urnas del Boverot (Almazora) y las infiltraciones célticas en tierras valencianas*, en *A.P.L.*, IV, Valencia, 1953, p. 187.

11. Ob. cit., nota 10.

12. A. GONZÁLEZ PRATS, *Un yacimiento del Hierro I en Hostal Nou (Ares del Maestre, Castellón)*, en *Cuad. de Prehist. y Arq. Castellonense*, 1, Castellón, 1974, p. 109-113, y *El Campo de Urnas de La Montalbana (Ares del Maestre, Castellón de la Plana)*, en *A.P.L.*, XIV, Valencia, 1975, p. 113-122.

13. M. GIL-MASCARELL, *La torre ibérica de Foyos, Lucena del Cid, Castellón*, en *XII, C.N.A., Jaén 1971* Zaragoza, 1973, p. 519.

14. Materiales del Museo de Burriana (Castellón).

can niveles bien desarrollados de esta filiación. Sin embargo, su difusión podría rastrearse a partir de algunos hallazgos sintomáticos. Un punto interesante a este respecto sería el yacimiento del Cerro de San Miguel de Liria, en cuya vertiente

urnas en proporción no determinable por el momento. Esto nos podría estar indicando que los hallazgos del Puntalet y de la Cova del Cavall no están tan desconectados del proceso de formación del gran poblado ibérico conocido.¹⁶

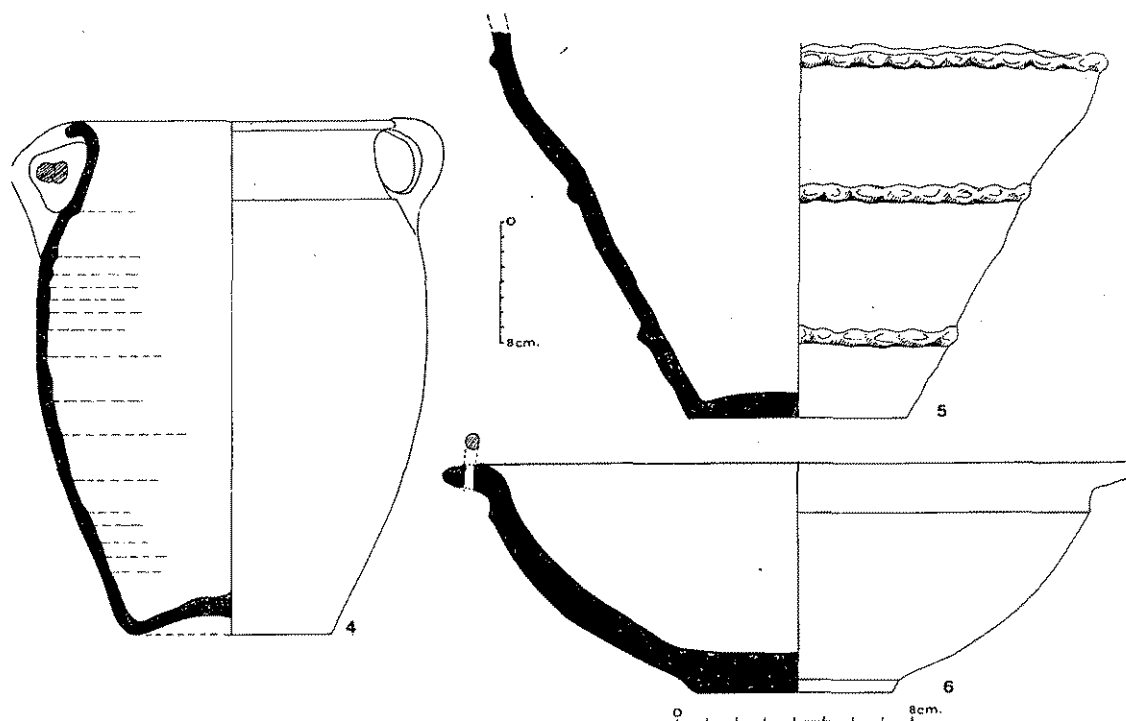


Fig. 2. — Vasos del Puntalet (Liria) (Museo de Prehistoria de Valencia).

suroeste — que no fue objeto de excavaciones extensivas — han ido apareciendo¹⁵ cerámicas bastas que siguen una tradición del Bronce, con algunas del Hierro I y cerámicas de tipo claramente ibérico. Entre las primeras cabe destacar una urna de perfil globular hecha a mano con apéndices perforados por debajo de la línea del borde (fig. 1, n.º 3) de una cerámica bruñida con desgrasante que reproduce una forma que podría representar la llegada de estos elementos tipo campo de

En efecto, en 1942-43 se realizaron unas catas en el espolón o contrafuerte denominado «El Puntalet», que arranca de la vertiente oriental del Cerro propiamente dicho, en un lugar separado del yacimiento ibérico entonces en curso de excavación, y se encontraron tres restos de incineraciones. Uno estaba compuesto por una urna incompleta, asentada en tierra amarillenta impropia del lugar y sostenida por terrones, con forma de tinajilla de borde exvasado y pequeña asa

15. E. PLA BALLESTER, *El problema del tránsito de la Edad del Bronce a la del Hierro en la Región Valenciana*, en *V C.N.A.*, Zaragoza, 1957, Zaragoza, 1959, p. 128-133.

16. Ob. cit., nota 3.

de doble nervatura, sin decorar, y ausente de ajuar (fig. 2, n.º 4); otro por un gran vaso de aspecto arcaico, negro, hecho a mano y con tres cordones paralelos con impresiones digitales (fig. 2, n.º 5) que contenía dos pulseras o arracadas de bronce, una concha de ciprea y, alrededor, una pieza de piedra con dos taladros, uno de ellos artificial y, el último, por un plato mediano (fig. 2, n.º 6) de tipo hondo, de barro tosco y borde recto con dos agujeritos, situado boca abajo cubriendo restos incinerados, en un conjunto rodeado de piedras formando una menuda pared y sin ofrendas.¹⁷ Más tarde, en 1947, en la parte sur del Cerro se descubrió otro par de enterramientos de incineración conteniendo, el primero, la mitad inferior de una vasija de cuerpo piriforme con fondo cóncavo sin ornamentación (fig. 3, n.º 7) que tenía entre los restos calcinados una sortija de cobre con los extremos abiertos y terminados en esferas; en las proximidades apareció un anillo de bronce y, por otro lado, una monedita ampuritana. Al seguirse los sondeos en esta área se encontró un nuevo enterramiento en urna con un fragmento de alfiler de fíbula de bronce y una tinaja con decoración pintada (fig. 3, n.º 8) de pasta amarillenta con arenillas negras mezcladas y que fue fechada en el tránsito de la primera a la segunda Edad del Hierro, dándosele una cronología, por comparación con otra de la necrópolis del Faro de la Isla de Rachgun (Orán), del siglo VI o fines del VII antes de J. C.¹⁸

A partir de estos datos Ballester¹⁹ con-

cluyó que tales necrópolis pertenecían a tiempos distantes en la cultura ibérica de Liria, pudiéndose quizás hablar de un primer período de dicha cultura. En la actualidad este tipo de hallazgos nos van permitiendo conocer la fase preibérica de una manera cada vez más conexa, de modo que ya no constituyen factores tan aislados, sino que se encuentran dentro de ese complejo de materiales tipo Hierro I y primeras cerámicas a torno característico de esta fase y del comienzo de la siguiente.

Otro yacimiento que podría dar luz al problema es indudablemente el de Los Villares de Caudete de las Fuentes,²⁰ en el cual se advierten dos fases de poblamiento ibérico, la más antigua sin cerámicas importadas — al menos en el área excavada — existiendo por debajo unos niveles de la Edad del Bronce con posibles elementos de la Edad del Hierro, lo cual, si bien hace veinte años constituía un problema de difícil interpretación por la escasez de documentos,²¹ hoy puede ser interpretado en la perspectiva de estos períodos intermedios que van tomando entidad.

En cualquier caso los problemas que existen para la consideración de esta primera fase requieren análisis que nos permitan:

a) Delimitar el momento final del Bronce Valenciano, de desigual perduración según parece.

b) Considerar hasta qué punto las aportaciones que denominamos del Hie-

17. I. BALLESTER TORMO, *La labor del SIP 1940-48*, Valencia, 1949, p. 129.

18. Ob. cit., nota 15, p. 130.

19. Ob. cit., nota 17, p. 137.

20. E. PLA BALLESTER, *Actividades del SIP, 1946-55*, en *A.P.L.*, V, Valencia, 1957, p. 211; *Actividades del SIP, 1956-60*, en *A.P.L.*, IX, 1961, p. 217; *Nota preliminar sobre Los Villares (Caudete de las Fuentes)*, en *VII C.N.A., Barcelona, 1961*, Zaragoza, 1962, p. 235, y D. FLETCHER VALLS, *La labor del SIP y su Museo en el pasado año 1959*, Valencia, 1964, p. 52.

21. Ob. cit., nota 15.

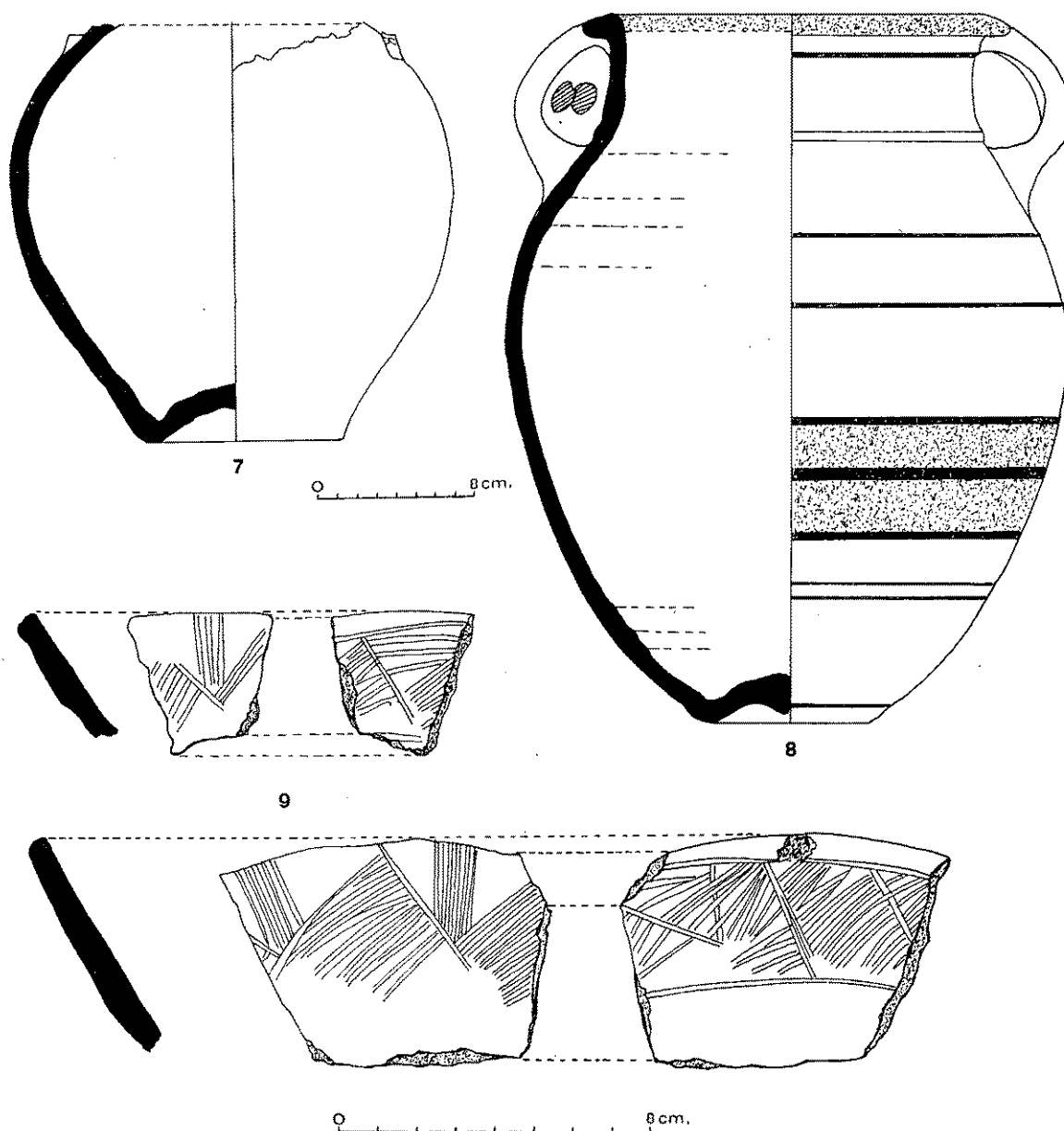


Fig. 3. — Vasos y fragmentos cerámicos de la Cova del Cavall (Liria) (Museo de Prehistoria de Valencia).

rrro I constituyen un fenómeno generalizado para saber si tienen un peso específico o no en el proceso de iberización.

c) Analizar la filiación concreta de tales aportaciones.

d) Establecer un marco cronológico para esta etapa.

2.^a Una segunda fase es aquella en la que se presentan elementos mediterráneos: son contextos predominantemente fenicios a partir de las cerámicas que los definen.

Para estos aportes el yacimiento de Vinarragell y la posterior comprobación

de la existencia de materiales paralelizables en otros puntos han sido fundamentales. Aparecen las cerámicas a torno importadas, con desgrasante esquistoso en la pasta, lisas o pintadas con motivos de bandas o geométricos, con formas que son bien conocidas, como las ánforas con hombro marcado, los platos con pie trípode y las urnas de dos o cuatro asas partiendo del borde. La escasez de cerámica de barniz rojo y de otros materiales habituales en otras zonas abiertas a la influencia fenicia nos induce a plantearnos la marginalidad de esta área con respecto a lo fenicio o bien el retraso cronológico con que este influjo se produce en comparación al sur peninsular, lo cual ha llevado a centrar esta etapa en el siglo VI antes de J. C. Durante este momento es compatible la presencia en el área que estudiamos de materiales procedentes del mundo griego o etrusco, si bien la revisión reciente hecha por P. Rouillard de las cerámicas griegas ha proporcionado unos pocos materiales de plena época arcaica y sólo algún fragmento aislado de cronología próxima al siglo V a. de J. C. que sirven de momento para rellenar este vacío. El fragmento de copa jonia del tipo B 2 de los viejos fondos del Museo de Sagunto sería un dato demostrativo de esta influencia.

Los ejemplos que ilustran esta segunda fase son también más abundantes en la zona septentrional que en la central del País Valenciano. La Torrassa de Vall d'Uixó, El Castell de Almenara, El Gaidó de Cabanes, El Palau d'Alcalà de Xivert, Mormira (o la Foya) en Alcora, prospectados por N. Mesado, han ido dando muestras de ello, lo mismo que el Puig

de Benicarló, poblado del que se tiene una noticia inicial.²² Este fenómeno no encuentra una explicación convincente en el desigual desarrollo que haya podido tener en una y otra área la investigación de campo, por lo que sería posible recurrir a diferenciaciones de tipo geográfico para interpretar la desigual intensidad de materiales de tipo fenicio. Mientras que en tierras de ilercavones encontramos establecimientos próximos a la costa que se abren indudablemente al comercio fenicio y, a su vez, constituyen vías de penetración hacia el interior, al sur del Palancia la configuración de la costa no ofrece lugares aptos para esta clase de establecimientos; teniendo en cuenta que las desembocaduras del Turia y del Júcar fueron zonas pantanosas y de marjales y que la Albufera ocupaba una extensión mucho mayor de la que presenta en la actualidad, no parecen encontrarse puntos idóneos para el ataque naval hasta llegar a Cullera, aislada en su posición, sumándose a este condicionamiento geográfico las dificultades de prospección en unas tierras de cultivo intensivo del arroz, y en menor medida del naranjo, que no fueron habilitadas para el poblamiento hasta la romanización real, a partir de los elementos de juicio con los que contamos en la actualidad. Además es ilustrativo recordar que la vía Heraklea o Hercúlea, según el trazado que se deduce de Estrabón (III, 4, 9), rehuía esta zona, bordeándola desde algo al sur de Saguntum hasta más al sur de Saitabi, lo que podría probar que, hasta después del 121 antes de J. C., no se podía atravesar la zona inmediata a la costa.

De ahí que nos planteemos que los

22. V. GINER y V. MESEGUER, *El poblado ibérico de «El Puig», Benicarló*, Excmo. Ayuntamiento, Castellón, 1976, y V. GINER y F. GUSI, *Campaña de excavaciones arqueológicas en el poblado ibérico de El Puig (Benicarló)*, en *Cuad. de Prehist. y Arq. Castellonense*, 2, Castellón, 1975, p. 159-160.

aportes correspondientes a esta fase entre los edetanos puedan provenir de la zona turdetana y penetrar por las rutas interiores que, partiendo del puerto de Almansa, ponen en contacto el área de Albacete con el norte de la Contestania — Játiva — y, de allí, encuentran vías fáciles de penetración hacia la Edetania. Otro paso natural, cuya función es más difícil de tratar en cuanto al problema que valoramos, es el que comunica la llanura valenciana con el centro de la meseta siguiendo, aproximadamente, la actual carretera Madrid-Valencia, en donde se encuentran yacimientos tan importantes como el de Los Villares y el de La Carència de Turís. De todos modos, faltos de datos cronológicos, estratigráficos o tipológicos claros, es difícil reconocer los elementos materiales específicos de este contacto.

3.^a A partir del siglo v podemos distinguir los rasgos característicos de la cultura ibérica que están constituidos por una respuesta indígena a los estímulos recibidos previamente y se manifiestan paralelamente a una intensificación de las relaciones mediterráneas marcadas, ya en esta época, por un predominio de materiales de origen y ascendencia griegos, lo que dará lugar a que la cultura ibérica tenga una matización clásica en sus creaciones.

Los materiales de tipo púnico pensamos que pueden provenir, en la mayoría de los casos, del comercio con Ibiza.

Indudablemente esto acontece a través de un cambio socioeconómico que tiene que ser considerado a dos niveles, por lo menos. Primeramente, en relación con una situación general propia del Mediterráneo Occidental en el tránsito del siglo vi al v a. de J. C. y en los primeros

decenios de este siglo, lo que nos sitúa ante una serie de convulsiones importantes que tienen sus jalones históricos principales en el Primer Tratado Romano-Cartaginés, fechado por Polibio en el 509 antes de J. C. y, más tarde, en las batallas de Himera (480) y Cumas (474), en las que intervinieron mercenarios ibéricos, las cuales resolvieron la tensión entre griegos y etruscos-cartagineses a favor de los primeros, cuyas ciudades experimentaron un auge. Esto es importante para entender por qué se da en nuestro mundo ibérico inicial un cambio tan radical en las importaciones que, de haber sido fundamentalmente fenicias, pasan a ser mayoritariamente griegas; también para comprender la preocupación por levantar defensas y murallas con técnicas de filiación clásica que denotan la inestabilidad existente y, por último, para considerar la ausencia, prácticamente, de materiales que nos cubran ese cuarto de siglo amplio comprendido entre las fechas indicadas. En general este panorama nos obliga asimismo a dar sentido a la escasa pervivencia de lo que podríamos llamar «orientalizante» en la cultura ibérica del área que estudiamos y nos inclina a considerar el proceso de iberización, más que como algo lineal que va evolucionando paulatinamente, como una serie de etapas que están sometidas a interrupciones serias que, si bien no podemos enunciar aún con toda claridad, pueden deberse a situaciones de coyuntura de todo el Mediterráneo Occidental en el paso de la época arcaica a la clásica y que repercuten de manera específica en el arco central del Mediterráneo peninsular.

A un segundo nivel, habrá que tener en cuenta cómo se configura esta cultura en el ámbito indígena, qué conexiones tiene con el ámbito ampuritano y

massaliota y qué rasgos son los que le van a dar su carácter peculiar. Tomando como aspecto importante el de la estructura del poblamiento, y ante la ausencia de niveles claramente diferenciados que nos delimiten el momento comprendido entre los siglos VII y el final del VI antes de J. C., nos vemos obligados a trazar el esquema evolutivo tomando como punto de partida la Edad del Bronce, ya que niveles como los de Vinarragell, con sus murallas de adobes y toda una serie de rasgos constructivos propios, se nos presentan como un caso, de momento, aislado que no puede ser tomado como modelo aplicable al resto del territorio en cuanto que no tenemos noticias de su generalización ni de su perduración. Por lo tanto, y hasta que la investigación arqueológica no nos aporte más datos sobre el aspecto urbanístico y aparezcan fases de poblamiento claramente definidas como de la etapa preibérica, repartidas regularmente por todo el territorio, podemos continuar manteniendo que la civilización ibérica no supuso, con respecto a la de la Edad del Bronce, un cambio radical ni en la situación topográfica de los poblados ni en su estructura. En muchos aspectos, éstos recuerdan a los del Bronce Valenciano, pero conviene señalar, ya desde un principio, ciertos matices diferenciales como el poseer, por regla general, una mayor extensión y una organización, en ciertos casos, más compleja.

Frente a los poblados de la Edad del Bronce que mantienen, dentro de unos límites, una homogeneidad, en época ibé-

rica aparecen, por primera vez, una serie de núcleos que podemos denominar ciudades: el Cerro de San Miguel de Liria, el Castillo de Sagunto... Junto a estos hábitats urbanos, que por una causa u otra adquieren una personalidad superior al resto de los poblados, existen otros que, si bien no llegan a la categoría de ciudad, pueden ser calificados de centros destacados como, por ejemplo, Cova Foradà en Liria, Torre Seca en Casinos o La Carència en Turís. Todos ellos poseen una organización compleja, con casas que se distribuyen a lo largo de calles que pueden ser escalonadas cuando, para aprovechar la pendiente, se han construido terrazas artificiales descendentes; caminos de acceso desde la parte llana adecuados para el tránsito de carros, desagües para canalizar las aguas, aljibes, etc. Con sistemas defensivos provistos de torres de planta cuadrada o circular e, incluso en algunos casos, fosos excavados y recintos situados en lo alto de cerros con función puramente militar.²³

Alrededor de los grandes centros aparecen otros de menor importancia y riqueza que constituyen un poblamiento rural, satélite de la ciudad principal.²⁴ Esta población dispersa puede situarse en cerros y altozanos poco destacados y amurallados o en las partes llanas, al modo de nuestras masías.²⁵

La distribución de los poblados se articula a través de pasos naturales de comunicación y de las vías marcadas por ciertos ríos con respecto a lo cual conviene recordar que ni el Turia ni el Júcar constituyen caminos de penetración, ya

23. M. GIL-MASCARELL, *Yacimientos ibéricos en la Región Valenciana. Estudio del poblamiento* (resumen de la tesis doctoral), Valencia, 1971, p. 15.

24. D. FLETCHER VALLS, *Esquema general de la economía del pueblo ibero*. Comunicaciones a la I.^a Reunión de Economía Antigua de la Península Ibérica, en *P.L.A.V.*, 5, Valencia, 1968, p. 46.

25. Ob. cit., nota 23, p. 12, y M. GIL-MASCARELL, *Notas acerca del poblamiento ibero en el País Valenciano*, en *I Congreso de Historia del País Valenciano*, en prensa.

que lo encajado de su curso obstaculiza el trayecto.

Podemos afirmar que el territorio que nos ocupa estuvo densamente poblado durante la época ibérica, debiendo destacarse que es durante este momento cuando se produce de forma definitiva el abandono de las cuevas como lugares de habitación.²⁶ Este avance demográfico puede ser debido a varias razones, resaltando entre ellas los cambios y mejoras técnicos y de cultivo que, como consecuencia de la iberización, se introducen en la agricultura. Todos estos avances posibilitaron, sin duda, un aumento de la producción y, como consecuencia, de la demografía.²⁷

Las necrópolis que corresponden al primer período de la cultura ibérica siguen el rito de la incineración en urnas, que se entierran fuera de los poblados formando grupos de diferente extensión. Para la Ilercavonia y la Edetania no contamos con necrópolis de gran amplitud al estilo de lo que sería La Albufereta, con varios cientos de tumbas, en la Contestania.²⁸

En el área que nos ocupa, la más conocida es, sin duda, la de La Solivella (Alcalà de Xivert) con 28 sepulturas excavadas, que fueron fechadas por Fletcher entre el 430 y el 425 a. de J. C.,²⁹ en base a que el conjunto presentaba unas características uniformes, visibles en la estratigrafía y en la unidad de los vasos cerámicos, y bajo el criterio de que los distintos elementos de ajuar tampoco evidenciaban incompatibilidades serias para

ser datados homogéneamente. Entre los hallazgos existen, sin embargo, piezas que, individualmente, podrían ser de fabricación más antigua, tales como el escarabeo, la fíbula de doble resorte y los broches de cinturón de uno, dos, o tres garfios que, aunque en otros contextos se datan con mayor antigüedad, en La Solivella se insertan dentro de un contexto de características más evolucionadas, constituyendo elementos de ajuar cuya fecha de deposición en las tumbas está determinada por el aspecto de las cerámicas que las acompañan y demás materiales homologables.

Esto ha suscitado una controversia que parece inclinar a un sector de la investigación a establecer en este yacimiento una periodización que se remontaría desde las fechas citadas hasta alcanzar el siglo VI a. de J. C., valorando los elementos que, como hemos dicho, pueden ser de fabricación más antigua y situando también las urnas de orejetas en fechas altas.

Para nosotros esta necrópolis sigue revistiendo un aspecto ibérico indudable, diferenciado de lo que hemos considerado como preibérico, y ello por varias razones. Las cerámicas, por su técnica y decoración, las consideramos típicamente ibéricas, distintas a las de la etapa precedente de influencia fenicia, con paredes más gruesas y desgrasante esquistoso. También valoramos el predominio casi exclusivo del torno sobre las cerámicas hechas a mano, las cuales se presentan en otras necrópolis con ajuares metálicos

26. M. TARRADELL, *La Cultura del Bronce Valenciano. Nuevo ensayo de aproximación*, en *P.L.A.V.*, 6 Valencia, 1969, p. 21, y M. GIL-MASCARELL, *Sobre las cuevas ibéricas en el País Valenciano. Materiales y problemas*, en *P.L.A.V.*, 11, Valencia, 1975, p. 302.

27. WRIGLEY, *Historia de la población*, Madrid, 1969, p. 33.

28. Para un panorama general, ver M. GIL-MASCARELL, *Restos funerarios ibéricos en las provincias de Castellón y Valencia*, en *P.L.A.V.*, 9, 1973, p. 29.

29. D. FLETCHER VALLS, *Serie de Trabajos Varios del SIP*, 32, Valencia, 1965.

similares en parte a los que nos ocupan, dentro de una tradición de campos de urnas, o con vasijas a torno de clara ascendencia fenicia. Por otra parte, el considerar que un escarabeo encontrado en un enterramiento sirva para fecharlo de manera inequívoca, sobre todo en el período en que nos movemos, nos parece discutible.³⁰ Tampoco la fibula de doble resorte constituye un motivo suficiente para elevar excesivamente la cronología del conjunto, dado que se trata de un tipo evolucionado aparecido junto a una urna de orejetas, vasija que, hecha a torno y con decoración pintada, se nos presenta, en el territorio que estudiamos, en yacimientos ibéricos. De todos modos, la datación que asignamos a este tipo cerámico, se corresponde con la dada en otros lugares como en la tumba 16 de Baños de la Mora,³¹ en donde viene fechada por una crátera de época similar, y en la tumba III de Las Madrigueras (Carras-cosa del Campo), que se sitúa en el estrato II con fechas que alcanzan a las de La Solivella.³²

En cuanto a las falcatas que, sin remontar el siglo v, podrían ser de fechas un poco más antiguas que las inicialmente dadas a La Solivella, conviene recordar que constituyen un elemento sujeto a cierta perduración, como se ve, por ejemplo, en Aleria,³³ en donde se encuentran con vasos de Saint Valentin (tumbas 89 y 98) y con otras importaciones

que aseguran su pervivencia hasta el segundo cuarto del siglo iv a. de J. C., lo que, una vez más, nos incita a considerar estos elementos de ajuar dentro de períodos que en ningún caso podemos por menorizar excesivamente.

Quizá la polémica cronológica tenga su justificación en el hecho de que el tránsito del siglo vi al v a. de J. C. lo tengamos mal documentado, a nivel tanto de poblados como de necrópolis, lo cual nos obliga a recurrir a los resultados obtenidos en áreas ajenas a nuestra problemática específica y a tratar de acoplarlos a lo que aquí tenemos. Tal es el caso de la necrópolis del Grand-Bassin II de los Taffanel,³⁴ que cubre el período de mediados del siglo vi a comienzos del v antes de J. C. Si hacemos abstracción del aspecto de los conjuntos con que nos hallamos y queremos datar los enterramientos por los elementos básicamente metálicos del ajuar,³⁵ los resultados pueden prestarse a cierta confusión. Nosotros hemos tratado de dar una explicación a este vacío en sentido histórico, pero, además, no debemos olvidar que esos ajuares han sido fechados, a veces, por un procedimiento discutible, como en el caso de Corno-Lauzo,³⁶ en donde dos vasos hallados fuera de la excavación estricta sirvieron para datar una tumba y todos sus elementos.

En nuestra opinión la necrópolis de La Solivella se presenta con cerámicas a

30. Véase, por ejemplo, J. DE LA GENIÈRE, *A propos de quelques mobiliers funéraires d'Amendolara*, en *M.E.F.R.*, 85, 1973, 1, p. 20, en donde siguiendo un estudio de escarabeos hecho por J. Leclant se afirma: «D'autre part, ces petits objets on pu circuler longtemps avant de se trouver à l'endroit où on les a découverts. Les scarabées d'Amendolara ne peuvent donc fournir aucun indice précis de datation.»

31. J. M.^a BLÁZQUEZ, *Cástulo I*, en *Acta Arqueológica Hispánica*, 8, Madrid, 1975.

32. M. ALMAGRO GORBEA, *Bibl. Praehistorica Hispana*, X, Madrid, 1969.

33. J. et L. JEHASSE, *XXV Suppl. à Gallia*, París, 1973.

34. O. et J. TAFFANEL, *Les civilisations préromaines dans la région de Mailhac (Aude)*, en *Études Rous-sillonaises*, t. V, núms. 1 y 2-3-4, Perpignan, 1956.

35. Y. SOLIER, *La nécropole de «Las Peyros», VI^e siècle av. J. C., à Couffoulens (Aude)*, p. 88, hace ciertas consideraciones respecto a la pervivencia de elementos metálicos de ajuar al sur de los Pirineos.

36. O. et J. TAFFANEL, *Deux tombes de Chef à Mailhac (Aude)*, en *Gallia*, XVIII, París, 1960, p. 1-37.

torno generalizadas — hay un solo vaso pequeño a mano —, con falcatas, fibulas anulares y un porcentaje alto de instrumental de hierro, característico de la cultura ibérica, de modo que si el conjunto es homogéneo y nos está indicando su pertenencia a ese ámbito cultural, difícilmente podríamos asignarle una cronología que lo englobara en la fase pre-ibérica, lo que no impide que una rectificación razonada pudiera elevar las fechas dadas en unos decenios.

Vistas las características del poblamiento y de los restos funerarios, es conveniente hacer referencia a otros materiales ibéricos en tanto que son significativos para el problema que nos ocupa.

Con la cultura ibérica asistimos a la producción masiva de las cerámicas a torno, con un desplazamiento de las realizadas a mano de tradición indígena más antigua, algunas de cuyas formas pasan, no obstante, al repertorio ibérico. La abundancia con que se muestran asegura su fabricación local, con rasgos que permiten una diferenciación clara con respecto a las de la etapa precedente, ya que ostentan un mayor grado de cocción, una superficie más lisa al tacto y el empleo de un desgrasante más molido, con variaciones de detalles. Sus posibilidades de datación se inscriben dentro de períodos amplios, pero, en nuestro caso, se puede decir que los yacimientos fechables entre el siglo v a. de J. C. y el comienzo del III ofrecen una tipología amplia, pero coherente, y que determinadas formas, como el sombrero de copa de cuerpo cilíndrico o los oinochoes de perfil quebrado, son de aparición más tardía.

Ante un material tan numeroso, se podrían hacer diversos análisis, pero vamos a centrarnos en algunos puntos concretos relacionados con la temática de este sim-

posio como, por ejemplo, el problema de la filiación de la cerámica ibérica, distinguiendo dos aspectos: la técnica, para la que la fase previa de primeras cerámicas a torno de influencia fenicia pudo ser fundamental siempre y cuando lleguemos a constatar que éstas fueron objeto de una difusión lo suficientemente amplia, y la tipología para la que hay que reconocer que nos movemos en un campo poco definido, ya que realmente carecemos de datos para saber cuáles eran los galbos dominantes en la cerámica común, fenicia o clásica, en las fechas comprendidas entre finales del siglo vi y durante el v a. de J. C., haciendo salvedad de algunos estudios monográficos.

Lo cierto es que las formas más características de la cerámica de tradición fenicia, como las lucernas, los platos de pie trípode, las ampollas o los vasos en forma de biberón, no pasan a la cerámica ibérica, y otras vasijas, como las ánforas llamadas ibero-púnicas, ya en estas fechas, no pueden hacerse privativas de una determinada cultura porque se desarrollan en diversas áreas geográficas y culturales.

Sin embargo hay que valorar la penetración de prototipos fenicios a través de contactos con la Turdetania, ya que existe un mundo de vasijas globulares, de perfil en ese, bitroncocónico, etc., que, matizadas por lo indígena, podrían entroncar con aquéllos.

En cuanto al progreso en la técnica de fabricación y cocción, consideramos que los contactos con el mundo griego, más intensos a partir del siglo v antes de J. C., son importantes, lo cual explica también la imitación por parte de los iberos de formas de la vajilla griega clásica (cráteras, kylikes, cántaros...).

En el caso de las decoraciones pinta-

das no figurativas, las posibilidades de paralelización son vastísimas, sin que por ello podamos asegurar una influencia externa prioritaria y hallando en las combinaciones de motivos geométricos unas características que podemos llamar ibéricas,³⁷ sin necesidad de recurrir a la búsqueda de antecedentes concretos determinantes.

Las series secundarias, tales como las cerámicas grises³⁸ y las cerámicas con decoración pintada policroma,³⁹ a veces de excelente calidad, nos hacen pensar en antecedentes múltiples que hemos de buscar fuera de nuestros límites territoriales y que se relacionan con tradiciones tanto fenicias como griegas. Con respecto a las cerámicas bastas, la novedad consiste en que los iberos las van a fabricar fundamentalmente a torno, siguiendo una trayectoria que ya conocían de antiguo o inspirándose en modelos de las áreas peninsulares interiores ya en una etapa cronológica del Hierro II.

Otro hecho destacable por su importancia es el de la divulgación del uso del hierro con el comienzo de la cultura ibérica, lo que va a permitir no sólo la proliferación de armas, objetos de indumentaria, etc., sino también de instrumentos especializados para labores agrícolas y otro tipo de actividades: carpintería, albañilería, cantería, curtido, etc.⁴⁰ El estudio de la tecnología que suponen estos

medios de trabajo es de capital importancia porque permitirá, en su día, analizar las relaciones sociales que nacen con la aparición y difusión de una nueva técnica y, asimismo, determinar el grado de desarrollo material de una sociedad, dilucidándose las formas sociales que la caracterizan,⁴¹ de las que tan poco sabemos.

A la vez que el instrumental agrícola alcanza un grado alto de diversificación, se observa un incremento en las plantas cultivadas, puesto que junto a los cultivos propios de épocas precedentes se introducen otros sumamente rentables, como son el olivo, la vid, la higuera o la agricultura de huerta,⁴² documentados ya desde el siglo IV a. de J. C.

Creemos, pues, que contamos con suficientes elementos como para deducir que la sociedad ibérica dispone de unos medios de producción avanzados que le permiten asentarse sobre una base económica agropecuaria sólida y estable. El cálculo del posible excedente de esta economía, su distribución y la forma de invertirlo es algo que la investigación futura, apoyada en todo el aparato teórico de la antropología y de la economía, tendrá que resolver. Algunos de nosotros nos hemos preocupado de estas cuestiones en colaboración con compañeros de la Facultad de Económicas y hemos visto la dificultad que entrañan y la necesidad de disponer de una imagen inicial elemen-

37. C. ARANEGUI, *La artes decorativas en la cerámica ibérica valenciana*, en *Saitabi*, XXIV, Valencia, 1974, y *XXIII Congreso Int. de H.^a del Arte*, Granada, 1973, vol. I, p. 45-64.

38. C. ARANEGUI, *Cerámica gris de los poblados ibéricos valencianos*, en *P.L.A.V.*, 6, Valencia, 1969, p. 113-131, y *La cerámica gris monocroma. Puntualizaciones sobre su estudio*, en *P.L.A.V.*, 11, Valencia, 1975, 333-379.

39. M.^a A. VALL DE PLA y E. PLA BALLESTER, *Cerámicas policromas en los poblados ibéricos valencianos*, en *X C.N.A. Mahón*, 1967, Zaragoza, 1969, p. 288, y C. ARANEGUI, *Consideraciones sobre la cerámica con decoración pintada policroma en el País Valenciano*, en *Miscelánea Arqueológica*, t. I, Barcelona, 1974, p. 87.

40. E. PLA BALLESTER, *Instrumentos de trabajo ibéricos en la Región Valenciana*, en *Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*, Barcelona, 1968, p. 143-190.

41. M. GODELIER, *Economía, religión y fetichismo en las sociedades primitivas*, Madrid, Siglo XXI, 19, p. 72.

42. E. PLA BALLESTER, *Aportaciones al conocimiento de la agricultura antigua de la Región Valenciana* en *R.S.L.*, XXXIV, 1-3, 1968, Bordighera, 1972, p. 319-354.

tal, simplemente algo más de lo que podríamos llamar un modelo, del funcionamiento interno de uno de estos poblados a través de la interpretación pertinente de sus materiales arqueológicos, para pasar después a calibrar la repercusión que sobre ellos tuvieron los factores externos y superestructurales.

Esta experiencia nos ha sido también muy útil para verificar la gran distancia que existe entre la consideración de la posibilidad de reproducción de las bases de subsistencia en un poblado a nivel económico y el conocimiento de sus estructuras sociales, interrelacionadas ambas, pero muy difíciles de detectar estas últimas a través de unos restos materiales sobre los que no se ha vertido una preocupación que vaya más allá de la simple descripción y comparación.

Por todo esto, cuando nos encontramos con hechos atribuibles a actividades religiosas o rituales de una comunidad, aparte de describirlos, carecemos de recursos interpretativos que nos permitan introducirlos dentro de su dinámica social. Esto no quiere decir que no deban tenerse en cuenta, puesto que en muchas ocasiones indican un sentido progresivo en el desarrollo de una cultura y, de este modo, y en nuestro caso, hay que señalar que el paso a la cultura ibérica comporta unas manifestaciones rituales nuevas, el comienzo del uso de la escritura por los indígenas y manifestaciones artísticas importantes. Todas ellas se aprecian con mayor intensidad en el área contestana, pero la parte central del País Valenciano participa también de este tipo de rasgos culturales.

Encontramos cuevas que, siendo una evidencia diferente de los santuarios ibéricos típicos, tienen un sentido ritual claro, y que son comunes a la Contestania, a la Edetania y, probablemente, a la Ilercavonia, pues aunque de momento no han sido detectadas en la provincia de Castellón, se prolongan hacia el sur de Cataluña. Se ha hecho un estudio preliminar de las mismas⁴³ y se las ha podido definir por los siguientes rasgos: están abiertas en las laderas de los cerros teniendo su entrada, en muchos casos, por una oquedad de la bóveda de la cueva, o bien encontrándose los materiales en las partes profundas de las mismas con pocas o nulas posibilidades de habitabilidad. Los materiales que proporcionan todas ellas son muy uniformes; se trata de vasitos de forma caliciforme, predominando los de pasta gris y, en menor número, de pateritas, copas y cazoletas de pequeñas dimensiones, y, normalmente, se encuentran enteros. También han aparecido, irregularmente repartidas, algunas fusayolas y, como caso excepcional, ídolos de terracotta. Estos objetos se encuentran amontonados o apilados y, frecuentemente, junto a corrientes de agua. Pueden interpretarse como un reflejo del culto en cuevas que está presente en el mundo griego,⁴⁴ por lo que no debe extrañarnos de que lo encontremos difundido entre los iberos.

Otro elemento que eleva esta cultura a la categoría de civilización es el uso de la escritura que, dentro de las modalidades que se han identificado como ibéricas, se nos presenta en el área que estudiamos con las siguientes características: el

43. M. GIL-MASCARELL, *Sobre las cuevas ibéricas en el País Valenciano. Materiales y problemas*, en *P.L.A.V.*, 11, Valencia, 1975, p. 281-335, y *La cueva ritual ibérica de Villargordo del Cabriel*, en *XIV C.N.A. Vitoria*, 1975, en prensa.

44. B. RUTKOWSKI, *Cult places in the Aegean World*, en *Bibliotheca Antiqua*, X, Wratislaviae, 1973, p. 129.

tipo del este peninsular, de izquierda a derecha, lo encontramos muy generalizado y sobre diversos tipos de materiales que se fechan, a partir de la mitad del siglo IV a. de J. C.; como ocurre en Ensérune, Ullastret y Ampurias. La escritura de tipo turdetano, de derecha a izquierda, que aparece en Bastida y Covalta en la Contestania, sólo está registrada, más al norte, en el yacimiento de Orleyl (Vall d'Uixó), dándose la circunstancia de que este poblado ha proporcionado cuatro plomos, de los que el II y el IV corresponden a la modalidad turdetana, mientras que el I y el III presentan las características propias del este peninsular.⁴⁵ Ante estos hallazgos podría recurrirse a una seriación de los mencionados plomos, dando mayor antigüedad a aquellos que ostentan la escritura de tipo turdetano, o bien asignar una perduración de este tipo de escritura turdetana en nuestras tierras, que daría lugar a que conviviera con el ibérico del este y pondría en cuestión la pretendida derivación de un tipo de escritura con respecto a la otra, derivación

por la que nosotros no nos inclinamos.

Este panorama de escasez de documentos escritos antiguos y de ausencia de los clásicos santuarios ibéricos se corresponde con la precaria representación de muestras escultóricas en piedra, que únicamente parecen llegar a la Edetania con los ejemplos de la cabeza de toro de Turís⁴⁶ y el toro echado de Sagunto.⁴⁷

De este modo quedan señaladas las corrientes que influyen en el proceso de iberización y las características de la cultura ibérica propiamente dicha, que a partir de este momento evolucionará dando lugar a una serie de fases sucesivas. La documentación que podemos articular en torno a la cultura ibérica es mucho más abundante que la que corresponde a los períodos precedentes; de ahí que nos hallemos en un campo arqueológicamente mucho más seguro y dependamos en menor medida de paralelizar con mundos externos para centrar sus notas distintivas, que están más libres de incógnitas, aunque no se hayan alcanzado metas totalmente satisfactorias e idóneas.

45. D. FLETCHER VALLS, *Orleyl III, plomo ibérico escrito procedente de Vall d'Uixó*, en *A. E. Arq.*, 40, Madrid, 1967, p. 51-59, y *Nuevas inscripciones ibéricas en la Región Valenciana*, en *A.P.L.*, XIII, Valencia, 1972, p. 108-116.

46. E. A. LLOBREGAT, *Escultura ibérica de la Edetania. La cabeza de toro de La Carència, Turís*, en *A.P.L.*, XIV, Valencia, 1975, p. 155-160.

47. E. A. LLOBREGAT, *La escultura ibérica en piedra del País Valenciano. Bases para un estudio crítico contemporáneo del arte ibérico*, en *Archivo de Arte Valenciano*, XXXVII, Valencia, 1966, núm. 1.